Domingo 25 de abril de 1999
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 10,1-10

Yo soy la puerta de las ovejas

El Evangelio de este IV Domingo de Pascua se toma siempre, en los tres ciclos de lecturas -A, B y C-, del capítulo X de San Juan donde el evangelista expone el discurso del Buen Pastor. Por eso a este domingo se llama el "Domingo del Buen Pastor". Por el significado profundo de esta metáfora, con razón, el Papa Pablo VI, hace 36 años, estableció este domingo como "Jornada mundial de oración por las vocaciones sacerdotales y religiosas". En este domingo, mientras contempla la figura del Buen Pastor, la Iglesia en todo el mundo ora al Señor que llame a más jóvenes a la vida sacerdotal y religiosa de manera que puedan ser pastores legítimos del pueblo de Dios.

La dificultad en la interpretación de este texto consiste en que el evangelista mezcla dos metáforas distintas que Jesús aplica a sí mismo. Las podemos discernir fácilmente porque están expresadas por Jesús con dos de sus frases típicas en "Yo soy", y cada una se repite dos veces: "Yo soy la puerta de las ovejas" (Jn 10,7.9) y "Yo soy el buen pastor" (Jn 10,11.14). Cada una acentúa un aspecto distinto de la misión de Jesús en relación al pueblo. En el Evangelio de hoy se desarrolla la primera de estas metáforas.

En efecto, el Evangelio comienza con estas palabras de Jesús: "En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que escala por otro lado, ése es un ladrón y un salteador; pero el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas" (Jn 10,1-2). Se introduce así el tema de la puerta. El modo de entrar -por la puerta o por otro lado- ofrece un criterio claro para distinguir al pastor de las ovejas del ladrón y salteador. En seguida, Jesús describe al pastor con términos que revelan su experiencia personal como miembro de un pueblo tradicionalmente dedicado a la pequeña ganadería: "Las ovejas escuchan su voz; él llama a sus ovejas una a una y las saca fuera... va delante de sus ovejas y sus ovejas lo siguen porque conocen su voz". El pastor saca a sus ovejas del redil para llevarlas a buenos pastos y se interesa por el bienestar de las ovejas. El contraste con el ladrón es completo: al ladrón no le interesan las ovejas; "el ladrón no viene más que a robar, matar y destruir". También esta observación revela un conocimiento del ambiente: nadie roba una oveja sino para matarla.

"Jesús les dijo esta parábola, pero ellos no comprendieron lo que les hablaba". ¿A quiénes les dice Jesús esta parábola? ¿Quiénes son "ellos"? Para responder esta pregunta, debemos volver la atención al comienzo. La exposición de la parábola comienza con la fórmula: "En verdad, en verdad os digo..." ("Amén, amén lego humín..."). Pero en el IV Evangelio esta fórmula introduce siempre un tema que ya ha sido tratado y que ahora es retomado para ampliarlo o presentarlo bajo una nueva

luz. Hay que volver la atención, entonces, hacia lo que precede. En el capítulo IX se ha relatado la curación del ciego de nacimiento. Este hombre, después de discusiones con los fariseos, es excluido de la sinagoga: "Lo echaron fuera" (Jn 9,34). Es que "los judíos se habían puesto ya de acuerdo en que, si alguno reconocía a Jesús como Cristo, quedara excluido de la sinagoga" (Jn 9,22). Y en este momento se encuentra con Jesús que lo acoge, después que ha confesado su fe en él, diciendo: "Creo, Señor" (Jn 9,38). En ese acto de fe queda, al mismo tiempo, excluido de la sinagoga y acogido entre los discípulos de Cristo. Este es el acto de fe que tiene que hacer todo el que es acogido en la Iglesia de Cristo por medio del Bautismo. El episodio concluye con la pregunta de los fariseos a Jesús: "¿Es que también nosotros somos ciegos?" (Jn 9,40).

Para ellos formula Jesús la parábola de la puerta. El contraste es entre Jesús y esos fariseos. Este contraste queda también en evidencia en el modo cómo tratan al ciego de nacimiento: los fariseos lo echan fuera; Jesús lo sana y lo acoge. Al principio Jesús se interesa solamente en su bienestar: le devuelve la vista. Al final lo acoge consigo, pero sólo una vez que, habiendo concebido la fe en él como venido de Dios, es echado fuera de la sinagoga. Entonces se le hace el encontradizo y lo induce a una profesión explícita de su fe en Cristo. Con su actuación, Jesús responde al perfil del pastor que él mismo ha dado.

Entonces Jesús retoma: "En verdad, en verdad os digo: Yo soy la puerta de las ovejas". Jesús es el que entra por la puerta, porque él mismo es la puerta del redil. Por eso él es el pastor por excelencia, el que puede decir: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia". Vimos que así fue con el ciego de nacimiento. Y declara entonces: "Yo soy el buen pastor" (Jn 10,11). Pero, además, diciendo: "Yo soy la puerta", Jesús insinúa que también hay otros verdaderos pastores y nos ofrece un criterio que nos permita discernir el pastor del ladrón: todo el que entra por él, es decir, todo el que llega al rebaño en el nombre de Cristo y con un mandato suyo, ese es pastor de las ovejas y promueve la vida de las ovejas. El que no es enviado por Cristo, sino que se envía a sí mismo, es un ladrón que entra por otro lado.

La única puerta por la cual se accede al ministerio pastoral es el sacramento del Orden. Sólo quien ha recibido este sacramento puede ofrecer a los fieles el pan de vida eterna, pues sólo él puede consagrar la Eucaristía y ofrecerla a los demás. Es oportuno en esta Jornada de oración por las vocaciones recordar que el pueblo de Dios necesita más pastores verdaderos que entren al rebaño por la puerta y puedan decir las palabras de Jesús: "He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia".

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción